

# MEMORIA DEL AGUA

## LA TRADICIÓN Y EL IMAGINARIO GALAICOS

Ladislao Castro Pérez y M. Eugenia Muñoz Fernández (eds.)



andavira  
editora

**MEMORIA DEL AGUA**  
**LA TRADICIÓN Y EL IMAGINARIO GALAICOS**

andavira

e d i t o r a

Santiago de Compostela, 2021

© De la edición: Ladislao Castro Pérez y M. Eugenia Muñoz Fernández

© De los artículos: sus autores

Diseño de cubierta: Dixital 21, S. L.

Imagen de portada: Recreación virtual del atrio y la portada de la antecámara de una sauna-santuario galaico. © Carlos Paz Sieiro

Depósito legal: C 548-2021

ISBN: 978-84-123657-1-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Andavira, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [info@andavira.com](mailto:info@andavira.com).

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S. A.

Andavira Editora, S. L.

Vía de Edison, 33-35 (Polígono del Tambre)

15890 Santiago de Compostela (A Coruña)

[www.andavira.com](http://www.andavira.com)

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

|  |     |
|--|-----|
| <b>PRÓLOGO</b> .....   | 9   |
| <b>LA SIGNIFICACIÓN DEL MITEMA INDOEUROPEO DEL FUEGO EN EL AGUA</b> .....  | 13  |
| M. EUGENIA MUÑOZ FERNÁNDEZ Y LADISLAO CASTRO PÉREZ   |     |
| <b>EL MUNDO GALAICO PRERROMANO: ESBOZO DE SÍNTESIS HISTÓRICA</b> .....   | 53  |
| FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ GARCÍA   |     |
| <b>NAVIA. LA GRAN DIOSA GALAICA</b> .....  | 87  |
| ROSA BRAÑAS  |     |
| <b>SOBRE EL USO Y SIGNIFICADO DE LOS PRIMEROS SANTUARIOS TERMALES GALAICOS</b> .....   | 133 |
| LADISLAO CASTRO Y PACO BOLUDA  |     |
| <b>ASPECTOS SIMBÓLICOS Y FUNCIONALES DE LAS SAUNAS GALAICAS: ESTRUCTURA, GEOMETRÍA Y PROPORCIÓN</b> .....  | 221 |
| MANUEL SANTOS-ESTÉVEZ  |     |
| <b>CULTOS Y CREENCIAS EN TORNO A LAS AGUAS EN LA CULTURA TRADICIONAL GALLEGA</b> .....   | 245 |
| FERNANDO ALONSO ROMERO   |     |
| <b>APORTACIONES ETNOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DE LA PESCA ARTESANAL Y DE LA TRAVESÍA FLUVIAL EN EL DUERO TRANSMONTANO: LOS RÍOS CÔA, SABOR Y TUA</b> ..... | 277 |
| LOIS LADRA   |     |
| <b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....  | 301 |

# EL MUNDO GALAICO PRERROMANO: ESBOZO DE SÍNTESIS HISTÓRICA

Francisco Javier GONZÁLEZ GARCÍA

Universidade de Santiago de Compostela  
franciscojavier.gonzalez@usc.es

*En memoria de mi padre*

## Abstract

*As an introduction, as a synthesis outline about The Galaica Culture during the first millennium before our era, this brief essay attempts to give some answers to a number of questions (Were there Celtic populations among the Lay People? communities? What was the evolution of your social configuration during the Iron Age? In addition, some considerations are noted about the role of natural elements in the religion of the galactics and particularly the importance of water in their beliefs, a theme that underwrites the content of this volume.*

## Resumo

*A modo de introducción, como esbozo de síntesis sobre a Cultura Galaica durante o primeiro milenio antes da nosa era, este breve ensaio intenta dar algunhas respostas a unha serie de preguntas ¿Había poblacións célticas entre os galaicos? ¿Qué papel xogaba a guerra nestas comunidades? ¿Cómo foi a evolución da súa configuración social durante a Idade do Ferro? Además, se apuntan algunhas consideracións sobre o papel dos elementos naturais na relixión dos galaicos e particularmente a importancia da auga nas súas creencias, tema que vertebra o contido deste volumen.*

## INTRODUCCIÓN

En la actualidad, frente a lo que ocurría hace un par de décadas, disponemos de buenas síntesis arqueológicas sobre el mundo de la Edad del Hierro del cuadrante NO de la Península Ibérica. Las presentaciones divulgativas que ofrecían trabajos como los firmados por Calo<sup>1</sup> o Vázquez Varela y García Quintela<sup>2</sup>, continuadas en obras posteriores como Peña Santos<sup>3</sup>, han sido reemplazadas por monografías de mayor alcance<sup>4</sup>.

En este capítulo se realiza una presentación divulgativa de la investigación que, centrada en el estudio de las sociedades galaicas del primer milenio antes de nuestra era, he venido realizando durante los últimos diez años. A partir de los datos aportados por las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas, se desarrolla una síntesis histórica de algunas de las cuestiones básicas que nos pueden ayudar a comprender su configuración, recurriendo, para ello, a una imagen distinta a la propuesta por la mayoría de las síntesis más tradicionales y que, en líneas generales, resume a la perfección la siguiente cita:

“En contraste cunha visión tradicional que aínda que de base académica acadou altos niveis de popularidade polo seu simplismo e pola súa condición gratificante, que fala a prol do carácter *guerreiro* da sociedade castrexa á vista das rechamantes estruturas defensivas dos seus poboados, os datos arqueolóxicos analizados do xeito máis aséptico e polo miúdo deixan ver unha organización social non demasiado complexa aínda que [ ] de certo que xerarquizada. A dispersión bastante afastada dos poboados que coñecemos para os tempos formativos do fenómeno non parece, cando menos e en principio, que supuxera de forma necesaria e automática unha excesiva competitividade polos recursos, por moi escasos que estes puideran ser. Se a isto sumamos as dimensións minúsculas destes primeiros poboados —de arredor dunha hectárea de espazo útil na súa inmensa maioría—, e a case que total ausencia de armas —nun senso estricto— no rexistro arqueolóxico castrexo, debemos concluir que falar sen máis argumentos de fortes tensións bélicas e dun compoñente guerreiro na base fundamental da sociedade castrexa —cando menos, insistimos, durante esta fase— non deixa de ser un bonito e atractivo exercicio literario por máis que se invoquen as peculiares e moi variadas características da guerra antiga.

Frente a todo iso, a nosa visión, tirada das análises arqueolóxicas, é sen dúbida máis prosaica e menos atractiva, pero se cadra precisamente por iso máis próxima á dura realidade [ ]. Fálanos dunha sociedade campesiña relativamente xerarquizada, organizada en minúsculas comunidades —estruturadas pero non tanto—, practicamente

<sup>1</sup> CALO LOURIDO 1993.

<sup>2</sup> VÁZQUEZ VARELA, GARCÍA QUINTELA 1998.

<sup>3</sup> PEÑA SANTOS 2003.

<sup>4</sup> Como, por exemplo, GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007 o GONZÁLEZ GARCÍA coord. 2007.

pechadas sobre si mesmas, e pouco menos que autárquicas, non lembra en certo modo este modelo o que foi a Galicia campesiña tradicional ata hai ben pouco?”<sup>5</sup>

La imagen que se nos presenta, por tanto, es la de pequeños grupos campesinos, poco o débilmente jerarquizados, autárquicos, sin relaciones con el exterior y, aparentemente, sin tensiones bélicas. A estas características hay que añadir, además, la negación de la presencia céltica en las sociedades galaicas de la Edad del Hierro, posicionamiento profundamente relacionado con el supuesto carácter pacífico de las comunidades galaicas. Pacifismo y anticeltismo son, en realidad, las dos caras de una misma moneda pues el carácter belicoso de estos grupos no se niega porque no existan indicios sino porque aceptarlo supone integrar el mundo castreño en modelos teóricos pancélticos<sup>6</sup>.

La aproximación que aquí ofreceremos someterá a crítica algunos aspectos fundamentales de esta concepción. Para ello intentaremos dar respuesta a tres preguntas. La primera de ellas —¿había poblaciones célticas entre los galaicos?— pretende establecer, a través de una reflexión sobre el carácter étnico de dichas comunidades, hasta qué punto hubo presencia céltica en esta área y por qué ésta ha sido negada o minimizada por ciertos sectores de la investigación. La segunda y la tercera preguntas se relacionan con la configuración social de las sociedades del NO durante el último milenio antes de nuestra era, intentando precisar el papel que en ellas ha podido jugar la guerra —¿unas pacíficas sociedades de campesinos?— para, a continuación, a través de la tercera pregunta —¿un mundo ajeno al cambio?— profundizar en el carácter de las comunidades galaicas con la finalidad de esbozar una evolución general de su configuración social durante la Edad del Hierro. Por último, y atendiendo al hecho de que el presente capítulo introduce una obra colectiva sobre las relaciones entre las sociedades galaicas y el valor religioso del agua, se realizará una breve presentación de la documentación que nos permite conocer la religión o religiones de los galaicos y el significado que, en dicho ámbito, han podido desempeñar los elementos naturales.

## ¿HABÍA POBLACIONES CÉLTICAS ENTRE LOS GALAICOS?<sup>7</sup>

Los celtas son uno de los pueblos europeos a que se refieren, en sus escritos, los autores griegos y romanos. Las noticias griegas sobre los celtas se inician a fines

<sup>5</sup> PEÑA SANTOS, 2003: 117-118

<sup>6</sup> BELLO DIÉGUEZ, PEÑA SANTOS 1995: 164

<sup>7</sup> La mayoría de los argumentos del presente apartado resumen lo expuesto en GONZÁLEZ GARCÍA 2007, 2011 y 2016; GONZÁLEZ GARCÍA, PARCERO OUBIÑA, 2007.

del siglo VI a. C. y llegan hasta época helenística. En ellas se establecen las líneas generales de la imagen helena de los celtas como pueblos occidentales y belicosos que, con el paso del tiempo y gracias al influjo griego, pudieron llegar, en ocasiones, a estar en camino de salir de su situación de barbarie. Los romanos, en cambio, siempre los consideraron un pueblo hostil y salvaje, prototipo del bárbaro, junto con los germanos, y encarnación de la ferocidad, la irracionalidad y la negación de la civilización. A partir del siglo IV a. C., tras el ataque galo a Italia y el saqueo de Roma, e inicios del siglo III a. C., con la irrupción de los celtas en territorio griego y las conquistas romanas en Occidente, mejora la imagen del celta, tal y como se manifiesta en autores griegos como Polibio o Posidonio, cuyas descripciones, sin embargo, todavía abundan en tópicos sobre el carácter bárbaro de estos pueblos: ferocidad, incultura, monstruosidad y fuerza bruta, desprecio hacia cualquier forma de derecho, marginalidad geográfica, etc.

Hasta su recuperación durante el Renacimiento, paralela al redescubrimiento de los textos clásicos, los celtas perdieron gran parte de su antiguo protagonismo. Durante la Edad Media se convirtieron en un pueblo más, entre los mencionados por los autores clásicos, que se introdujeron dentro del relato derivado del *Génesis* para dar cuenta del origen histórico de la raza humana.

La búsqueda de antepasados prestigiosos para las distintas monarquías, ciudades o pueblos europeos que caracterizó al siglo XVI hizo que, en algunos países, como Escocia o Francia, comenzasen a aparecer obras en las que se presentaba a los celtas como antepasados de distintos pueblos europeos. Se iniciaron, así, las investigaciones célticas en la Europa Moderna que tuvieron su momento culminante en el siglo XVIII en Francia y, posteriormente, en Gran Bretaña. Este celtismo, una vez arraigado en ambos territorios durante esa centuria, llegó a convertirse en la explicación corriente del pasado y, desde allí, se difundió por otros países europeos, entre ellos España.

El desarrollo en Alemania, durante el siglo XIX, de un método científico de estudio lingüístico (Lingüística comparada) puso fin a las fantasiosas elucubraciones lingüísticas anteriores y supuso un importante estímulo para los estudios célticos, al asimilar a los celtas de las fuentes antiguas con los hablantes de un grupo de lenguas europeas que, desde el siglo XVIII, se pasó a designar como celtas.

Durante esta misma centuria, sobre todo en su primer tercio, se asistió también al desarrollo de una arqueología céltica “científica”. La actividad arqueológica desarrollada en numerosos yacimientos europeos sentó las bases del estudio arqueológico de la primera Edad del Hierro y de la construcción del concepto arqueológico de celta que pasó a vincularse con las culturales de Hallstatt y La Tène, denominaciones tomadas de los dos yacimientos que sirvieron para definirlos y que, con el tiempo,

también dieron nombre a las dos fases, antigua (Hallstatt) y reciente (La Tène), en que se dividió la Edad del Hierro.

Un último elemento que contribuyó a la construcción del concepto arqueológico clásico de celta fue la definición, también en el siglo XIX, del concepto de cultura material o grupo cultural. A partir de la consideración de que un conjunto de materiales arqueológicos prehistóricos se podía definir como una cultura identificable, a su vez, con un grupo étnico concreto, se pretendió reconstruir el pasado de dichos grupos, identificando, así, sus lugares de origen, migraciones, etc. Presupuesto que sirvió para dar origen al método histórico-cultural, modelo de interpretación arqueológica imperante durante la primera mitad del siglo XX.

Gracias a este modelo se elaboraron hipótesis sobre la existencia de poblaciones celtas en Europa, se estableció su entrada y expansión por las distintas regiones europeas y se constituyó la definición arqueológica de los celtas como el pueblo portador de la cultura de La Tène. Tomó, así, su forma definitiva el concepto clásico de celta, a partir de los datos aportados por las fuentes antiguas, la lingüística y los materiales arqueológicos, según el cual los celtas eran aquellos pueblos, así denominados por los autores antiguos, identificados con los hablantes de las lenguas celtas antiguas y arqueológicamente caracterizados por una cultura material laténica.

La aparición de los celtas en la historiografía gallega ya se produjo de forma muy marginal con anterioridad al siglo XIX como consecuencia directa de la recuperación, en el Renacimiento, de las noticias de las fuentes antiguas. Esta tradición sobre el pasado céltico de Galicia se conservó viva durante los siglos XVII y XVIII<sup>8</sup>. Sin embargo, estas primeras menciones gallegas a los celtas no fueron el detonante para la construcción del mito céltico decimonónico en Galicia, papel que correspondió a ese celtismo francés y británico que, iniciado ya en el siglo XVI, alcanzó gran auge y difusión por Europa a partir del XVIII e inicios del XIX.

La idea de la celticidad galaica originaria fue propuesta por primera vez por Vereá y Aguiar, en 1838, en el primer y único tomo publicado de su *Historia de Galicia*. Esta obra, ejemplo de la historiografía regional de carácter romántico, contribuyó a despertar una conciencia regional en la época en que se fraguaban las reivindicaciones que, desde 1840, caracterizaron al movimiento provincialista. A partir de aquí y hasta la publicación de las obras de Vicetto y Murguía, la historiografía gallega posterior simplemente se limitó a repetir los argumentos de Vereá.

---

<sup>8</sup> PEREIRA GONZÁLEZ 2014 ofrece un pormenorizado estudio de este primer celtismo galaico y de sus vinculaciones con los ámbitos europeo y peninsular.

La *Historia de Galicia* de Vicetto supuso otro paso en la construcción del celtismo como argumento justificativo de reivindicaciones políticas durante el XIX. Su obra, relato novelesco, fantasioso e imaginario del origen de las grandes razas de los celtas galaicos, su expansión por la Península Ibérica y sus desplazamientos más allá de los Pirineos, tiene como finalidad fundamental demostrar que Galicia fue la cuna originaria de la nación celta. Su celtismo, con muchos rasgos comunes con la tradición celtista gallega de XIX, también presenta, sin embargo, características singulares como, por ejemplo, su derivación de la literatura romántica decimonónica y no de la erudición céltica del XVIII e inicios del XIX. Pese a ello, se trata de una obra que se encuadra perfectamente dentro de la producción historiográfica de su época, al ser el primer autor gallego que desarrolla un intento de teorización histórica de Galicia como nacionalidad, precedente, por tanto, de Murguía y ejemplo de una actitud militante cuya finalidad es construir una historia patriótica.

La formulación clásica del celtismo gallego del XIX como argumento histórico del carácter diferenciador de Galicia con respecto a España y fundamentación de las reivindicaciones regionalistas se produjo, a partir de 1865, con la publicación de la *Historia de Galicia* de Manuel Murguía. El celtismo, en Murguía, se convierte en “mito fundador” de Galicia, elemento básico para definirla como una nación perteneciente al tronco ario. Su estrategia de reivindicación política se articula precisamente a partir de este componente racial diferencial de los gallegos. La oposición arios-semitas, muy de moda en la ciencia europea de la época, le permite acentuar la diferencia racial de los gallegos, arios y por tanto superiores, con los restantes pueblos, semitas y racialmente inferiores, de España.

Por lo que respecta a su calidad histórica, la obra de Murguía está libre de los aspectos novelescos de Vicetto, ubicándose a medio camino entre el romanticismo y el positivismo. Su *Historia*, responsable de la introducción de la erudición histórica y de una renovación metodológica en la historiografía gallega, supone, pese a que Murguía no puede ser considerado como un auténtico positivista, un caso excepcional entre los historiadores gallegos de la época: en ella se asiste a una mejoría del nivel científico, manifestado a través de su ruptura con el celtismo francés del XVIII, el influjo de la historiografía francesa contemporánea, su rudimentario conocimiento de la filología comparada decimonónica, su mejor trato de las fuentes literarias antiguas y el uso de las noticias arqueológicas como fundamento de sus argumentaciones históricas.

Con posterioridad a Murguía y a su definición canónica del celtismo gallego, el recurso a los celtas y al origen céltico de la población de Galicia se convirtió en un tópico historiográfico. El celtismo fue, en ese siglo, una idea que circuló entre la intelectualidad gallega vinculada con el regionalismo, los lectores de estas obras

históricas y de muchas de las cabeceras de prensa en que se exponían ideas celtistas. Si estas ideas no alcanzaron mayor difusión se debió, básicamente, a la escasa escolarización y alfabetización de Galicia en el siglo XIX. Aun así, durante dicha época se asistió a la institucionalización del celtismo dentro del pensamiento y de la sociedad gallega tal y como se manifiesta, por ejemplo, en la fundación de la *Real Academia Gallega* en 1906, institución controlada durante sus primeros años de vida por Murguía, su primer director, y sus seguidores.

Este primer celtismo gallego se fundamentó, en lo histórico, por el recurso a las fuentes antiguas y un escaso interés por otras disciplinas; así, por ejemplo, el material arqueológico solo fue introducido, bien avanzada la segunda mitad del XIX, por autores como Villaamil y Castro o Saralegui y Medina, mientras que el uso de la lingüística comparada fue mucho menor, por no decir inexistente.

La fundación, en 1923, del *Seminario de Estudos Galegos* supone el inicio de una nueva etapa en la historia del celtismo gallego y de la investigación protohistórica en Galicia, caracterizada por una mejora en la formación histórica y arqueológica de los trabajos sobre celtas de los autores gallegos que, de ese modo, se aproximaron a los estándares hispanos y europeos. Bajo este nuevo ropaje metodológico siguió perviviendo, sin embargo, el celtismo gallego decimonónico. El nacionalismo de la *Xeneración Nós* y del *Seminario de Estudos Galegos* y su concepción celtista del pasado de Galicia son claramente deudoras del pensamiento de Murguía. Esta herencia se transmitió a través la obra de Risco, el teórico del nacionalismo y del celtismo dentro de este grupo, que consideraba a Murguía como gran precursor y patriarca del nacionalismo de inicios del siglo XX y guía para los investigadores gallegos contemporáneos. El influjo de Murguía se manifiesta en el carácter racista y antisemita de la argumentación nacionalista y celtista de Risco y su grupo. Risco defiende la existencia de dos sectores raciales en España divididos por una hipotética línea que uniría los cursos del Duero y Ebro: un sector septentrional, Euroiberia, de rasgos raciales y culturales claramente europeos y un área meridional, Afroibeira, racial y culturalmente vinculada a África. Junto a la raza, Risco también utiliza la historia, en concreto la obra de Murguía, para justificar la existencia histórica de un “estado gallego”: Galicia, en su opinión, tenía derecho a ser autónoma por su historia y por ser el territorio más europeo de la Península; prueba de ello sería el predominio, entre los gallegos, de rasgos físicos de carácter centroeuropeo derivados de la población céltica y germana que antaño pobló Galicia.

Pese a estos presupuestos racistas, la aproximación del *Seminario* a la Edad del Hierro supuso, en el aspecto estrictamente histórico y arqueológico, un cambio sustancial con respecto al período anterior. Estos autores, desde sus primeros trabajos, asumieron la arqueología histórico-cultural y sus presupuestos teóricos a través,

sobre todo, del influjo de Bosch-Gimpera; influencia a la que también hay que sumar un buen conocimiento de la arqueología francesa de orientación celtista de fines del siglo XIX e inicios del XX.

Todas estas novedades se aprecian a la perfección en la obra de López Cuevillas, autor que, dentro de este grupo, se especializó en la investigación del pasado protohistórico gallego con la finalidad, ya desde sus inicios, de realizar una síntesis histórica y arqueológica que explicase el mundo de la Edad del Hierro de Galicia a partir del carácter céltico de sus pobladores, integrando el registro arqueológico gallego dentro del registro peninsular y europeo, definido, como vimos, desde fines del siglo XIX a través de las culturas arqueológicas de Hallstatt y La Tène. La segunda fase de la primera de dichas culturas, entre 700 y 500 a. C., constituye, para Cuevillas, el principal testimonio arqueológico de la presencia de celtas en Galicia. Su propuesta de explicación histórica de la protohistoria gallega integraba conjuntamente un esquema arqueológico, elaborado ya en 1925-1926, con otro étnico, esbozado conjuntamente en 1929 con Bouza Brey. Según estos presupuestos, la cultura galaica de la Edad del Hierro presentaba unos rasgos muy personales y característicos, fruto directo del desarrollo de elementos post-hallstáticos traídos por los celtas. La ausencia de influjos laténicos databa la entrada de los celtas en Galicia en el siglo VI a. C., acontecimiento atestiguado a través de la mención, en la *Ora Marítima* de Avieno, de una invasión, en el NO peninsular, de Saefes, célticos, que se habrían impuesto sobre los Oestrimnios, el componente poblacional anterior. La fusión de ambos componentes étnicos sería, precisamente, la responsable del carácter y personalidad de la cultura gallega de la Edad del Hierro: la cultura castrexa.

Esta hipótesis etno-arqueológica sobre el origen del celtismo gallego sirvió, a partir de este momento, de justificación histórica a la idea del celtismo como elemento identificador de Galicia. Noción que se difundió a lo largo del siglo XX, incluso durante la dictadura del general Franco: con anterioridad al golpe de estado de 1936 gracias a la acción cultural del nacionalismo gallego y, a partir de 1950, a través del desarrollo de la línea culturalista del galleguismo que, promovida por Ramón Piñeiro, rechazaba la participación directa en la acción política y centraba su actividad en la defensa de la lengua y la cultura gallegas.

El triunfo del bando golpista supuso, en un primer momento, un freno para la investigación protohistórica gallega y los estudios célticos como consecuencia del desmantelamiento del *Seminario de Estudios Galegos*. La investigación histórica gallega se vio sumida en una situación de gran pobreza, con una Universidad Compostelana, única institución capacitada para albergar dicha actividad, imposibilitada para llevarla a cabo por causa del empobrecimiento económico e intelectual del momento. Esta situación finalizó en 1944 con la creación del *Instituto de Estudios*

*Gallegos Padre Sarmiento* que incorporó a destacados miembros del *Seminario*, como Risco, Otero Pedrayo o López Cuevillas. La ortodoxia del *Instituto* con el régimen franquista se aseguró gracias a su integración en el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, institución, dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia, fundada en 1939 para favorecer el desarrollo de una ciencia católica y ejercer un estricto control sobre la investigación científica. El *Padre Sarmiento* permitió que los principales responsables de la investigación histórica, arqueológica y etnográfica del período de preguerra siguiesen desempeñando su labor científica, garantizándose, así, la conservación del celtismo como argumento histórico en la investigación gallega. El carácter exclusivamente científico y cultural que, desde su origen, caracterizó al *Instituto*, ajeno al vínculo ideológico y político del *Seminario* con el nacionalismo, debió de contribuir en gran medida a la integración de antiguos militantes del nacionalismo gallego, adoptando, así, esa línea culturalista que, desde 1950, se impuso dentro del galleguismo.

La ideologización de la Historia que se vivió en la España franquista explica que, a partir de la década de 1950, entre ciertos sectores profesionales de la investigación histórica española se desarrollase un interés por el método histórico. La neutralidad del método era, para estos investigadores, una garantía contra la ideologización de la Historia. La investigación prehistórica y arqueológica española no fue ajena a esta nueva situación y así, desde el inicio de la década de 1960, desapareció el interés por cuestiones que pudiesen implicar algún componente ideológico, pasando a centrarse el grueso de la actividad en cuestiones vinculadas con la cultura material y el método arqueológico.

El abandono del celtismo en la investigación gallega se inició tímidamente a fines de la década de 1970, convirtiéndose, en los años ochenta, en un rechazo absoluto de la presencia del componente céltico en la protohistoria gallega. El inicio de esta tendencia se puede situar en 1979 con la publicación de un estado de la cuestión de la arqueología gallega por parte de la sección de arqueología del *Instituto Padre Sarmiento* en el que, tras una valoración historiográficamente positiva del celtismo romántico gallego, se criticaba la excesiva valoración del elemento céltico en la prehistoria de Galicia, considerándolo un lastre del que se tenía que desprender la investigación gallega, tal y como ya había hecho su homóloga europea.

En el desarrollo de este nuevo punto de vista no parece haber jugado ningún papel la censura ejercida por el franquismo. Todo parece indicar que fue, por una parte, el resultado directo del refugio de los investigadores gallegos en el método arqueológico y, por otra, del desinterés que, durante las últimas décadas del franquismo, manifestó la investigación prehistórica y arqueológica gallega hacia los estudios célticos. Este desinterés supuso la potenciación de otros ámbitos de investigación

arqueológica y, así, fueron muchos los investigadores que, iniciando su labor entre fines de los años 60 e inicios de los 80 del pasado siglo, se orientaron y formaron profesionalmente en otros campos distintos a la Edad del Hierro, potenciándose los estudios sobre el fenómeno megalítico, la Edad del Bronce o el mundo galaico-romano. El abandono del celtismo y del interés por la cuestión céltica tuvo como resultado directo, por tanto, la formación de una generación de investigadores, caracterizada por su nula o escasa sensibilidad hacia la temática céltica, que, por esas fechas, comenzaba a desarrollar su investigación, con unos planteamientos metodológicos y teóricos diferentes, desde la Universidad Compostelana, el *Instituto Padre Sarmiento* o los distintos museos gallegos.

Desde fines de la década de 1970 y durante la década de 1980, se desarrolló, por tanto, una línea interpretativa de la Edad del Hierro gallega caracterizada por su absoluta negación del componente céltico. Esta corriente redujo lo céltico a un hecho exclusivamente lingüístico, denunció los excesos celtistas de la investigación de épocas anteriores y basó su negación de la presencia céltica en la identificación arqueológica de lo “céltico” con lo laténico. Paralelamente se desarrolló una hipótesis explicativa de la *cultura castrexa*, entendida evidentemente como cultura material, que se interpretó como la plasmación, durante la Edad del Hierro, de un peculiar proceso histórico endógeno, galaico, cuyos orígenes se retrotraen a la Edad del Bronce.

Esta corriente interpretativa sustituyó el antiguo componente céltico por un nuevo componente autóctono, definido como *castrexo*, cuya finalidad, en el fondo, radica en justificar y legitimar, desde un remoto pasado protohistórico, la existencia de una identidad gallega. La reformulación del nacionalismo gallego de izquierdas durante las décadas de 1960-1970, con su abandono del componente étnico celta, ejerció, sin duda, una considerable influencia en el desarrollo de este tipo de planteamientos. Abandonado el paradigma celtista era preciso rastrear en otra dirección el nacimiento histórico de lo gallego, incluso en la Prehistoria. Este proceso, vale la pena recordarlo, fue paralelo a la implantación de la Autonomía en Galicia y a toda una serie de intentos orientados, dentro de este nuevo marco político y al margen del nacionalismo, a fomentar los referentes identitarios de Galicia, tal y como sucedió, por ejemplo, con el desarrollo del concepto de “autoidentificación”, forjado por el Partido Popular de Galicia durante los primeros mandatos de Fraga Iribarne.

La negación del componente céltico en el pasado protohistórico de Galicia deriva del manejo de un concepto de celta muy tradicional que, arqueológicamente, se caracteriza por su identificación con lo laténico. La ausencia de rasgos laténicos en el registro arqueológico gallego es, para los autores que defienden este punto de vista, una prueba evidente de que aquí no hubo celtas.

Frente a esta ausencia de “pruebas” arqueológicas, otros indicios vienen a poner de manifiesto que, en el NO, hubo una considerable presencia céltica. Por un lado, contamos con las noticias de las fuentes antiguas (Estrabón III, 3, 5; Plinio IV, 111; Mela III, 9-11) que mencionan la existencia de poblaciones célticas (*keltikoi* o *celtici*) en el territorio de la actual Galicia. Denominaciones que no se tienen que interpretar como alusiones a poblaciones más o menos “celtizadas” o “celtoides” sino como referencias a auténticas poblaciones celtas<sup>9</sup>.

También disponemos de testimonios directos aportados por la epigrafía y la toponimia. Por lo que respecta al material epigráfico, contamos con varias inscripciones que confirman el uso del etnónimo céltico por parte de una de las poblaciones que, bajo dicha denominación, aparecen mencionadas en las fuentes antiguas: los célticos supertamaricos. Tanto la toponimia antigua, ya la recogida por las fuentes literarias o por la epigrafía, como la actual testimonian la presencia de términos que, como confirma la lingüística, son de origen céltico: los topónimos en *-briga* o *-bris/-bri* de las inscripciones latinas o la abundantísima toponimia actual en *-bre* que se sabe que deriva, mayoritariamente, de las formas antiguas antes mencionadas<sup>10</sup>. Entre los autores antiguos Ptolomeo es quizás quien más información onomástica ofrece sobre el NO peninsular en época romana, los análisis lingüísticos de los topónimos mencionados en su obra confirman una importante presencia céltica en dicha área<sup>11</sup>.

La negación celtista de los arqueólogos no ha sido seguida por otras disciplinas, como la lingüística que siempre ha aceptado la existencia, entre otros, de elementos de origen céltico en las lenguas prerromanas de Galicia. Hasta tal punto que algunos especialistas defienden, a partir de la documentación lingüística ya mencionada, la presencia, en el Noroeste peninsular, de un posible dialecto “hispano celta-occidental”<sup>12</sup> o simplemente, “celta-Hispano”<sup>13</sup>, de características distintas al celtibérico y más antiguo que éste, que se hablaría tanto en el sector occidental de la Península como en toda su periferia septentrional.

Hasta la fecha, las explicaciones anticeltistas de la Edad del Hierro gallega solo han logrado explicar el origen de la cultura material que parece ser fruto de un proceso endógeno que arranca de la Edad del Bronce. Esta hipótesis, sin embargo, no ha

<sup>9</sup> Sobre dicha cuestión ver GONZÁLEZ GARCÍA 2011: 119-124.

<sup>10</sup> GARCÍA ALONSO 2006; BÚA CARBALLO 2004.

<sup>11</sup> Según LUJÁN (2000: 66) un 30% de los topónimos mencionados por Ptolomeo en las áreas lucenses y braccense serían célticos; porcentaje que GARCÍA ALONSO (2003: 449-453) eleva al 55%.

<sup>12</sup> PRÓSPER 2002: 25-26.

<sup>13</sup> BERNARDO 2002: 97 ss.

dado respuesta a otras cuestiones y, fundamentalmente, no ha explicado la presencia celta en el Noroeste peninsular. La arqueología, por sí sola, no puede responder a estas cuestiones. La identificación exclusiva celtas-cultura de La Tène es falsa, así nos lo indican los registros arqueológicos de áreas lingüísticamente célticas, como Irlanda, no totalmente idéntico al laténico clásico, o el mundo celtibérico que, junto con la lengua céltica antigua mejor documentada, ofrece una cultura material que nada tiene que ver con la cultura de La Tène. Las especiales características arqueológicas de estos dos ejemplos no implican, sin embargo, que se las tenga que dejar de considerar como áreas celtas. Estas diferencias desde el punto de vista arqueológico se superan si aceptamos que el proceso de celtización es un fenómeno “arqueológicamente polimorfo” que puede adoptar, desde el punto de vista de la cultural material, distintas manifestaciones que, en cada caso, son el resultado de las evoluciones históricas específicas de las diferentes poblaciones hablantes de lenguas célticas<sup>14</sup>. Desde esta perspectiva, el desarrollo de una interpretación céltica de la protohistoria de la Edad del Hierro del Noroeste peninsular no se puede limitar a trabajar exclusivamente con material arqueológico, sino que debe integrar, dentro de su explicación, materiales lingüísticos, epigráficos e históricos.

Defender la presencia céltica en la protohistoria galaica no implica, sin embargo, considerar que su población haya estado compuesta de manera exclusiva por hablantes de lenguas celtas. En estas regiones también se documentan otras lenguas, como el lusitano. Las convivencias lingüísticas dentro de un mismo territorio son un hecho bastante frecuente en la protohistoria y la antigüedad y, así, este tipo de situaciones que se documentan en otras regiones europeas ocupadas, en la Edad del Hierro, por hablantes de distintas lenguas, como el área del Rin, donde convivieron celtas y germanos, con numerosos préstamos y lenguas que, por combinar elementos propios de ambos grupos lingüísticos, resultan de difícil clasificación si nos atenemos a las categorías lingüísticas modernas. Durante la Edad del Hierro, el NO peninsular pudo conocer una situación de este tipo<sup>15</sup>. Estas poblaciones de lengua céltica, quizás asentadas en el Noroeste peninsular desde Edad del Bronce, habrían constituido, junto con poblaciones hablantes de otras lenguas, como el lusitano, las distintas comunidades galaicas o, en términos de la hipótesis tradicional, habrían sido las responsables del proceso de sedentarización que arqueológicamente se ha denominado *cultura castrexa* y que hunde sus raíces en el mundo de la Edad del Bronce del Noroeste.

---

<sup>14</sup> GONZÁLEZ GARCÍA, PARCERO OUBIÑA 2007: 543

<sup>15</sup> Así parecen indicarlo algunos epígrafes latinos en cuyos textos se detecta presencia de léxico lusitano, céltico y latino; ver, a este respecto, GONZÁLEZ GARCÍA, LÓPEZ BARJA 2010 y BERNARDO STEMPEL, GARCÍA QUINTELA 2008: 269.

## ¿UNAS PACÍFICAS SOCIEDADES DE CAMPESINOS?<sup>16</sup>

La investigación arqueológica posterior a la Segunda Guerra Mundial asistió al desarrollo de una visión pacífica del pasado pre y protohistórico que consideraba que “con anterioridad a la civilización, la guerra fue rara, ritualizada, anormal y extraña a la psicología humana”<sup>17</sup>. Esta imagen de la guerra primitiva supuso una reinterpretación de todos aquellos indicios materiales de belicosidad que vieron mermada su clara funcionalidad bélica en beneficio de otras interpretaciones.

Galicia no quedó al margen de este proceso y así, en las últimas décadas, se asistió al desarrollo de una interpretación de la cultura castreña galaica como una sociedad fundamentalmente pacífica. Esta interpretación lleva a aparejada la minusvaloración del carácter funcional de las armas que aparecen en el registro arqueológico o el desarrollo de hipótesis sobre el carácter no defensivo de las murallas, en las que prima su papel de símbolo comunitario de cara al exterior o indicador de la cohesión del grupo que habita el asentamiento.

Esta pacificación, en el caso gallego, está estrechamente vinculada con la negación del componente céltico. Planteamiento erróneo en tanto que parece conceder a los celtas un monopolio sobre la belicosidad en la Edad del Hierro del que, en realidad, nunca disfrutaron, pues, tal y como sabemos, la guerra fue importante para todas las sociedades europeas del último milenio antes de Cristo, hayan sido célticas o no.

Entre los argumentos esgrimidos para negar la importancia de la guerra en las sociedades galaicas se encuentra, precisamente, su descripción general como sociedades igualitarias, lo que permite negar la presencia de elites guerreras. Apelando a la homogeneidad del registro y a una, supuesta, ausencia casi total de armas y tumbas de guerreros, se niega el componente belicoso, cuando, en realidad, ninguno de estos argumentos es definitivo. La ausencia de tumbas de guerreros, similares a las de Europa central, no significa nada en el contexto arqueológico del NO peninsular que carece de registro funerario. La ausencia de armamento no es tan absoluta como se afirma y, además, esta escasez de armas conservadas se tiene que poner en relación con la ausencia de registro funerario pues, como es bien sabido, las armas, dentro del conjunto de Europa de la Edad del Hierro, suelen aparecer como parte importante del ajuar en las necrópolis, siendo muy poco habituales los hallazgos en asentamientos habitacionales, contexto en el que aparece la mayor parte del

<sup>16</sup> Se resumen, en este apartado, los argumentos expuestos en GONZÁLEZ GARCÍA 2006 y 2007b.

<sup>17</sup> KEELY 1996: 22.

armamento descubierto en el sector galaico<sup>18</sup>. Esta escasez también puede ser debida al carácter del suelo gallego, poco apropiado para la conservación del metal, lo que explica que tampoco abunden los aperos metálicos de labranza de Edad del Hierro, ausencia que, sin embargo, no ha sembrado dudas con respecto al carácter agrícola de las sociedades galaicas.

También se argumenta que algunas de estas piezas, como los puñales de antenas, no son auténticas armas sino armamento de parada que sirve para prestigiar a un individuo; para ello se alega su forma, poco adecuada, su pequeño tamaño, la escasa resistencia de su material o sus poco eficaces características técnicas. Ahora bien, ¿cómo puede aportar prestigio la posesión y porte de un arma si, en dicha sociedad, la guerra no es una actividad prestigiosa? Resulta muy dudoso que un objeto sin valor social pueda servir de elemento de prestigio. Además, y como se ha apuntado para otros contextos arqueológicos, los procesos de miniaturización de armamento, como el atestiguado en el pequeño tamaño de los puñales de antenas galaicos, nos hablaría, precisamente, de su carácter como objetos de estatus y de su valor como símbolo representativo de la actividad bélica<sup>19</sup>.

La inadecuación del material, su escasa resistencia, para el desempeño de una función bélica tampoco es un argumento definitivo, ni supone *per se* una merma en el carácter belicoso de un pueblo. La guerra se hace con los materiales que se tienen a disposición, resultando muy poco importante y significativa la utilidad y funcionalidad que, para nosotros, puedan tener las armas utilizadas. La forma de hacer la guerra no es universal, cambia entre las culturas y en gran medida depende de diversas variables como la configuración social y la tecnología, de ahí que no parezca muy correcto aplicar criterios tecnológicos contemporáneos a formas bélicas de hace más de dos mil años.

Además de algunas piezas de armamento ofensivo, como puñales o puntas de lanza, también contamos con armamento defensivo, como, por ejemplo, el conjunto de cinco cascos de bronce, encontrados en el S de Galicia y el N de Portugal, con guardanucas decorados con motivos geométricos similares a los de la cerámica indígena y que se interpretan como adaptaciones locales del tipo de casco conocido como Montefortino, muy común en el Mediterráneo central europeo y utilizado tanto por la infantería romana de época republicana como por las poblaciones célticas de Europa. Su interés radica en esas coincidencias entre su decoración y las de la cerámica indígena, lo que apunta a que quizás se trate de producciones locales.

<sup>18</sup> Para una reciente visión general sobre el armamento aparecido en esta área ver GONZÁLEZ RUIBAL 2006-200: 226-232 y 433-441.

<sup>19</sup> GRAELLS i FABREGAT 2007 ofrece una buena aproximación al significado cultural de la miniaturización.

Cronológicamente estas piezas se pueden situar en época anterior a Augusto, posiblemente la segunda mitad del siglo I a. C., es decir, dentro del arco cronológico de la conquista romana, lo que nos permite desechar que estemos ante piezas de factura indígena para abastecimiento del ejército romano y suponer que sus usuarios habrían sido galaicos, tal y como parece indicarlo el torso de guerrero, tocado con casco, del castro de Sanfíns<sup>20</sup>.

Junto a estos datos arqueológicos, las fuentes antiguas también nos informan sobre el carácter belicoso de los pueblos prerromanos del NO. No obstante, la excesiva valoración del dato arqueológico llevó a negar estas noticias, recurriéndose al argumento de que las fuentes antiguas mienten y afirmándose que, con ellas, solo se pretende resaltar el valor de una conquista romana que tuvo que hacer frente a aguerridos enemigos. Cuando se contrastan estas informaciones con las obtenidas de otros indicios documentales no parece muy justificado, sin embargo, dudar de las noticias de los textos. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con la descripción que Estrabón (III, 3, 6) ofrece del armamento de los lusitanos que en parte coincide con la panoplia representada en las estatuas de “guerreros castrexos”<sup>21</sup>. Estas descripciones de los autores antiguos, así como los restos de armamento recuperados por la arqueología, nos permiten reconstruir la panoplia de los galaicos que, en líneas generales, coincide con parte del armamento representado en las estatuas de guerreros: *caetra* (pequeño escudo circular), casco (posiblemente de tipo montefortino, como, los anteriormente mencionados), túnica (probablemente de lino, con o sin decoración) joyas (torques, collares rígidos, y *viriae*, brazaletes), cinturón y un par de lanzas. La principal variante dentro de dicha panoplia vendría dada por la presencia, en el registro, de cuchillos afalcatados o falcatas en el sector meridional y puñales de antenas en el septentrional<sup>22</sup>.

Existe, por último, un dato que esta “interpretación pacifista” del mundo galaico suele despreciar: la utilización generalizada de galaicos en las unidades auxiliares del ejército romano. Este proceso de reclutamiento y formación de unidades auxiliares se desarrolló con posterioridad a la conquista de estas regiones por Roma y a su integración dentro de la administración romana, a partir del 19 a. C. Entre los tres conventos jurídicos de *Gallaecia* se reclutaron un total de 30 unidades auxiliares, 14 de ellas entre poblaciones de los conventos lucense y bracarense, sobre todo entre época Julio-Claudia y Flavia, que mayoritariamente fueron destinadas al Rin, Dalmacia y Panonia.

<sup>20</sup> Acerca de este conjunto de cascos ver QUESADA SANZ 1997.

<sup>21</sup> QUESADA 2003.

<sup>22</sup> GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007: 435-440.

Esta política de reclutamiento de unidades auxiliares se tuvo que ver favorecida por la tradicional belicosidad de estas poblaciones; con ella, además, también se buscaba desplazar hacia otras zonas del Imperio un considerable potencial de resistencia armada al poder romano. De este modo se procedió a la “domesticación del guerrero tribal”, convirtiéndolo en un soldado que practicaba una forma de guerra civilizada desde el punto de vista romano<sup>23</sup>. Así parece indicarlo Estrabón (III, 3, 8) al informar sobre cómo los habitantes del N y NO de la Península dejaron, tras las Guerras Cántabras, de saquear a los aliados de los romanos para pasar a hacer campañas militares bajo el mando de Roma:

“Pero en la actualidad, como dije, todos [los habitantes del N de la Península] han dejado de hacer la guerra: pues César Augusto ha puesto fin a las actividades de los cántabros y sus vecinos, que todavía en la actualidad persistían en sus costumbres de bandidaje, y en lugar de saquear a los aliados de los romanos, los coniacos y los que habitan junto a las fuentes del Íber hacen ahora campaña bajo su mando, y Tiberio, que ha sucedido en el poder a aquel, ha situado en estas regiones un destacamento de tres legiones, según se lo había indicado César Augusto, y no solo los ha pacificado sino que incluso a algunos de ellos los ha hecho civilizados”<sup>24</sup>.

La participación de los guerreros tribales del N y NO de la Península a las órdenes de Roma contribuyó, en gran medida, a su civilización, tal y como indica Vegecio para el conjunto de las unidades auxiliares (*Epitoma rei militaris*, II, 2, 5-8). Los guerreros tribales galaicos, para ser útiles al Imperio, debían recibir formación militar de tipo romano y acostumbrarse a las tácticas romanas; es decir, tenían que ser “domesticados”, civilizados, en su forma de pelear y concebir la guerra, del mismo modo en que también lo iban a ser, de hecho, lo estaban siendo, en el resto de sus costumbres y hábitos. La conquista del NO por Roma supuso, por tanto, la integración de estos territorios dentro de la órbita política y cultural romana y, para el ámbito de la guerra, el final de una forma de concebir y practicar lo bélico que, en estas regiones, como veremos, podemos hacer retroceder, a juzgar por los datos de que disponemos, al menos hasta la Edad del Bronce.

Ahora procederemos a revisar y someter a crítica las interpretaciones que defienden la finalidad no defensiva de las murallas de los castros, argumento realmente sorprendente si nos atenemos al carácter fortificado del principal asentamiento galaico, el castro. La negación de la funcionalidad de las murallas pasa, con mucha frecuencia, por afirmar que éstas alcanzaron su forma más aparatosa y compleja bajo

<sup>23</sup> GONZÁLEZ GARCÍA 2007b: 47-51.

<sup>24</sup> Las traducciones de Estrabón siguen la versión castellana de F.J. Gómez Espelosin.

Roma. Según esta hipótesis, su finalidad defensiva original se diluyó una vez alejado el peligro, tras la conquista romana, si bien se siguieron construyendo para prestigiar a sus moradores, conservando, de ese modo, una función simbólica. También actuarían, además, como delimitadoras del espacio habitacional, como medio de control del paso hacia el interior y como protección mágica del recinto, haciendo posible la individualización de los castros en el espacio, prestándoles condiciones de habitabilidad y acrecentando su apariencia física. La muralla, así pues, parece trascender su original intención defensiva, cumpliendo una función social, al dotar al grupo de una cohesión que neutraliza las tendencias disgregadoras, concediendo visibilidad a los poblados frente al exterior, definiendo el status de la comunidad y protegiéndola simbólicamente de un medio natural hostil y lleno de peligros, reales o imaginarios.

La construcción de la más compleja arquitectura defensiva en la época de contacto con el mundo romano no merma carácter defensivo a las murallas de los castros que, como sabemos, ya se construían con anterioridad a este momento, desde la primera Edad del Hierro. Su mayor monumentalidad durante el contacto con Roma tampoco se presenta como un argumento muy sólido, pues los grandes circuitos defensivos de gran calidad constructiva son una manifestación más, entre otras, del proceso de aparición de grandes asentamientos (*oppida*) que se atestigua en el sector meridional del NO, proceso iniciado en el siglo II a. C. y que, en muchos casos, perduró hasta mediados del siglo I d. C. Su tardía cronología, junto con la aparición, en ellos, de materiales romanos llevó a considerarlos como fundaciones realizadas bajo influencia directa de Roma. No obstante existen indicios que apuntan a un proceso endógeno fuertemente influido, desde el siglo II a. C., por los contactos con Roma<sup>25</sup>.

La funcionalidad de la muralla como protección comunitaria ante un medio natural exterior claramente hostil implica, de hecho, que se trata de un elemento cultural que, acotando el espacio de habitación del poblado, marca una frontera entre naturaleza y cultura. Este papel de la muralla como defensa simbólica no implica una reducción de su función como elemento defensivo frente a otras comunidades humanas. Las murallas, en tanto que elementos culturales, son susceptibles de distintos niveles significativos estrechamente interconectados cuya conexión permite, precisamente, llegar a comprender su significado.

La muralla, en tanto que elemento construido que delimita el poblado, es el marcador espacial entre naturaleza y cultura. Establece la ruptura entre los espacios de la naturaleza, desde aquellos completamente salvajes o con apenas acción antrópica sobre ellos, y de la cultura, ejemplificada en el poblado, con sus viviendas

---

<sup>25</sup> Para una valoración sobre el carácter y funcionalidad de las murallas ver PARCERO 2002: 188 ss. y GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007: 328-349.

y construcciones, área de mayor acción humana sobre el medio natural. Las sociedades galaicas de la Edad del Hierro, fueron las primeras poblaciones plenamente sedentarias de estas regiones. En esta época, y como consecuencia de este proceso, se debió de desarrollar un nuevo tipo de paisaje social, mediante una compartimentación artificial del suelo que plasmaba una nueva relación espacial entre naturaleza-cultura que, ahora, adoptó una organización más estable y fácil de apreciar, para nosotros, que en épocas anteriores. En este momento el espacio de las comunidades galaicas pasó a organizarse en tres grandes áreas, caracterizadas por la gradación, de mayor a menor, de la acción antrópica ejercida sobre ellas: una ocupada por el asentamiento, otra por los terrenos de cultivo y un tercer espacio marginal, dominado por la naturaleza y dedicado al aprovechamiento de los recursos naturales, como la recolección y la caza<sup>26</sup>. En estas áreas más salvajes y con menos influencia humana tendrían lugar las actividades bélicas. Esto es, al menos, lo que parece deducirse del siguiente pasaje de Diodoro de Sicilia (V, 34, 6):

“Una práctica singular se da entre los iberos, y sobre todo entre los lusitanos. Los más pobres de fortuna de entre los que llegan a la flor de la edad y se distinguen por su fortaleza física y su audacia, provistos de su valor y sus armas, se reúnen en las dificultosas regiones montañosas y, organizándose en bandas considerables, efectúan correrías por Iberia y acumulan riquezas gracias al pillaje; y practican sin cesar este bandidaje, llenos de altivez; y dado que usan un armamento ligero y son extremadamente ágiles y rápidos, a los otros hombres les resulta muy difícil vencerlos”<sup>27</sup>.

Proteger el poblado, espacio de plena cultura, de los peligros de la naturaleza implica, en conclusión, acotar, a través de la construcción de la muralla, de una acción cultural de carácter monumental, un espacio para la paz y la cultura en el que se desarrollan las actividades cotidianas, y pacíficas, que caracterizan el funcionamiento interno de cada comunidad. También supone, al mismo tiempo, separar dicho espacio de la más extrema naturaleza: el bosque, la montaña, refugio de bestias salvajes, lugar de desarrollo de la caza y la guerra. Monumentalizar el paisaje, acotar cultura y naturaleza mediante la construcción de una muralla, equivale, en última instancia, a establecer dos ámbitos espaciales distintos y segregados, de tal manera que al separarlos también se aísla la paz social interna de la comunidad del conflicto externo con otras comunidades. Las murallas, por tanto, son defensivas y lo son en toda la extensión de la palabra, defendiendo a la comunidad que se refugia dentro de

<sup>26</sup> Tal y como parecen indicarlo los modelos hipotéticos de uso del espacio en época castreña delimitados por PARCERO (1995: 134-135).

<sup>27</sup> Las traducciones de Diodoro de Sicilia siguen la versión castellana de Juan José Torres Esbarranch.

ellas no solo del ataque de otras poblaciones sino también de cualquier otro posible ataque, incluso simbólico, como, por ejemplo, el del medio natural.

Estas sociedades, por tanto, presentan suficientes indicios como para negar esa idílica imagen de grupos de pacíficos campesinos que defienden algunos sectores de la investigación. Constatada, por tanto, la actividad bélica entre los galaicos, ¿qué podemos saber sobre las formas de guerra que practicaban?

Desde inicios del segundo milenio a. C., la introducción nuevas armas, como la espada o la lanza, testimonian en toda Europa la aparición de “aristocracias guerreras” que van a constituir sistemas de jefaturas en los que la guerra era una actividad frecuente y socialmente muy valorada<sup>28</sup>. Estamos, ante un proceso, típico de la Edad del Bronce, que podemos denominar como “la emergencia del héroe”<sup>29</sup>. El registro arqueológico gallego de Edad del Bronce parece atestiguar un proceso de este tipo. El puñal, arma emblemática del guerrero en el Bronce Inicial, comienza a ser sustituido, desde el Bronce Medio, por la espada, cuyos hallazgos se generalizan a partir del 1200 a. C., en el Bronce Final. Parece evidente, por tanto, que desde este momento se atestigua, en el NO peninsular, un cambio en la actividad bélica, tanto táctico como social, reflejado, precisamente, en esta sustitución en el armamento.

La aparición conjunta, desde inicios de la Edad del Bronce, de armamento metálico y joyas nos está indicando, además, la presencia de una jerarquía social que se expresa mediante la posesión de ambos tipos de objetos: una sociedad dominada por guerreros cuyo predominio se plasma en la posesión y uso de armas y joyas, objetos solo al alcance de los combatientes de alto estatus y que nos da cuenta del desarrollo, en la Edad del Bronce, de una ideología masculina centrada en el engalanamiento y la exhibición pública del guerrero<sup>30</sup>. La posición de dominio de esta elite guerrera sobre el resto de la sociedad todavía se reforzó más a partir del Bronce Medio con la aparición de la espada. Los ejemplares aparecidos en el NO son productos de alto nivel y gran calidad técnica, a los que sólo podían acceder unos pocos individuos y que, dada la existencia de paralelos en las Islas Británicas, nos informan sobre el establecimiento de contactos, ya pacíficos o belicosos, con ámbitos ajenos a la Península. El incremento de este tipo de armas durante el Bronce Final pone de manifiesto, al igual que en otras zonas de la Europa atlántica, el desarrollo de la actividad bélica y los cambios en el modo de combatir, primando, ahora, la acción individual que alcanzará su máxima expresión con la aparición de la figura del campeón.

---

<sup>28</sup> KRISTIENSEN 1999.

<sup>29</sup> Siguiendo, así, la denominación acuñada por GUILAINE, ZAMMIT (2002: 211 ss.)

<sup>30</sup> Para una presentación de dicha ideología véase TREHERNE 1995.

La potenciación de la fortificación, paralela al proceso de sedentarización del NO peninsular a inicios de la Edad del Hierro, implica, ya, una considerable transformación del ámbito bélico. La fortificación y la construcción de murallas transmiten ahora una sensación de defensa por parte de las comunidades mucho más manifiesta y evidente que en la etapa anterior. En el paso del Bronce al Hierro se transforma, de nuevo, la práctica bélica, tanto en el NO peninsular como en Europa septentrional. La generalización de la lanza arrojadiza, la espada corta o el puñal, el escudo y los asentamientos fortificados parecen indicar un cambio en la táctica bélica vinculado con el desarrollo de una forma de guerra basada en el enfrentamiento entre grupos de combatientes. A partir de este momento debió de comenzar a cobrar importancia, como forma de combate, el *raid* armado, la incursión protagonizada por un pequeño grupo de combatientes<sup>31</sup>. En el caso concreto del área galaica, la transformación de la práctica bélica que se aprecia en este momento, estrechamente vinculada con la sedentarización y con el trabajo colectivo implícito en la construcción de los castros, evidencia la desaparición de elites guerreras e informa sobre el conjunto de la sociedad que habitaba dichos asentamientos. Este cambio en la organización social también nos ayuda a explicar la transformación del armamento, atestiguado tanto en Europa como en el NO peninsular: la desaparición de las espadas largas marca el fin del combate individual típico del gran guerrero o del campeón, mientras que el incremento del número de puñales indica una “democratización” y generalización de la práctica bélica. Estaríamos, por tanto, ante la proliferación de una forma de guerra comunitaria, colectiva que compromete a toda la comunidad y no solo a una elite de especialistas.

La transformación social vivida por el NO, especialmente visible en su sector sur, a partir del tránsito de la primera a la segunda Edad del Hierro y sobre todo, avanzada ya esta fase, a partir del siglo II a. C. nos permite entrever la reaparición de individuos que gozaban de una posición de privilegio dentro de unas comunidades que, ahora, en las regiones galaicas meridionales, adoptan la configuración de grandes poblados con indicios de diferenciación social entre sus ocupantes. El principal argumento a favor del surgimiento de esta elite lo ofrece la aparición, en este mismo sector, de las estatuas de guerreros galaico-lusitanos, más que probable representación idealizada de esta elite social, grupo claramente guerrero que, en ellas, se presentaba como tal, tanto ante el resto de la población de su grupo como ante otras comunidades. Estas piezas, tanto por el contexto de su aparición como

---

<sup>31</sup> Con relación a la guerra y sus transformaciones a fines del Bronce e inicios de la Edad del Hierro europea, ver OSGOOD 1998 y RANDSBORG 1999.

por el armamento en ellas representado se datan entre mediados del siglo II a. C. y mediados del siglo I d. C.<sup>32</sup>

Por lo que respecta a la forma de hacer la guerra, las noticias de los autores antiguos documentan el mismo tipo de práctica que se deducía a partir del armamento: la *razzia* o expedición en busca de botín. Así lo indican, por ejemplo, Estrabón (III, 3, 6):

“Así pues se dice que los lusitanos son hábiles en las emboscadas, propicios al espionaje, vivos, ligeros, ágiles en las maniobras; y que tienen un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante, sujeto con correas: pues no tiene empuñaduras ni asas; además llevan un puñal o un cuchillo; la mayoría lleva coraza de lino; en cambio son raros los que usan la cota de mallas y los cascos de tres penachos, los demás, cascos hechos de tendones; los infantes llevan también grebas, y cada uno de ellos numerosos venablos; algunos usan incluso lanza (las puntas son de bronce)”.

Y Diodoro de Sicilia (V, 34, 5):

“Entre los iberos, los más valerosos son los llamados lusitanos; en la guerra llevan unos escudos muy pequeños, hechos con nervios entrelazados y capaces de proteger el cuerpo de una manera extraordinaria gracias a su dureza; en las batallas moviendo estos escudos con facilidad a un lado y a otro, desvían hábilmente de su cuerpo cualquier proyectil lanzado contra ellos. Utilizan asimismo jabalinas con lengüeta, hechas completamente de hierro, y llevan yelmos y espadas semejantes a los de los celtiberos. Lanzan las jabalinas con puntería y a larga distancia y, en general, el golpe es violento. Al ser ágiles e ir con armas ligeras, tienen facilidad tanto para la huida como para la persecución, pero en la resistencia ante los peligros durante los combates son muy inferiores a los celtiberos”.

El tipo de armamento que atestiguan las fuentes y la arqueología nos remite, por tanto, a la práctica de un combate cuerpo a cuerpo, sin formaciones cerradas. Un tipo de guerra a base de emboscadas, ataques por sorpresa e incursiones rápidas sobre el enemigo que se aprovechaba de la ligereza y agilidad que, según los autores antiguos caracterizaba a estos guerreros. Acciones típicas de pequeñas bandas, tipo *raid* o *razzia*, con las que se pretendía golpear al enemigo cogiéndolo desprevenido para, aprovechando el factor sorpresa, llevarse la mayor cantidad posible de botín. Se trata de una de las formas de combate más comunes de la guerra primitiva; un tipo de combate que ya había sido practicado en la Edad del Bronce europea y que,

---

<sup>32</sup> QUESADA 2003: 104-105.

en la Edad del Hierro, fue muy frecuente tanto en Europa, por ejemplo, entre galos y germanos, como en la Península Ibérica.

## ¿UN MUNDO AJENO AL CAMBIO?<sup>33</sup>

El nuevo tipo de armamento, fundamentalmente espadas, que desde fines de Edad del Bronce comienza a aparecer en el NO peninsular forma parte de toda una serie de bienes de prestigio, como piezas de joyería o materiales vinculados con el banquete (calderos y ganchos para carne) que comienzan a aparecer, a partir de este momento, sobre todo en el sector meridional. Estos materiales, similares a los que se encuentran en la Europa atlántica y mediterránea, nos indican, como vimos, la existencia de un grupo especializado, estrechamente relacionado con la actividad guerrera, e implicado en las corrientes de intercambio a larga distancia establecidas entre el Océano Atlántico y el Mar Mediterráneo. Los *ítems* descubiertos en el área galaica testimonian, pese a su menor riqueza en comparación con otras regiones europeas, que estos especialistas bélicos compartían la ideología masculina y guerrera que caracterizó a las sociedades europeas de Edad del Bronce. Esta circunstancia, como ya indicamos, nos permite hablar, para este momento, de la aparición de la figura del campeón guerrero y de la posible configuración de estos grupos humanos como “sociedades con guerreros”, aquellas en las que pese a que “todos los hombres hacen de tiempo en tiempo la guerra, [...] un cierto número de ellos están constantemente embarcados en expediciones guerreras, aún en el caso de que la tribu se encuentre, provisoriamente, en paz relativa con los grupos vecinos: hacen la guerra por su propia cuenta y no para responder a un imperativo colectivo”<sup>34</sup>. Estos guerreros de la Edad del Bronce galaica serían los portadores de espadas y joyas, capaces de movilizar a grupos de hombres para la realización de incursiones bélicas y protagonistas de esa forma bélica en que prima la hazaña individual y el combate de campeones.

En determinados sectores de los actuales territorios de Portugal (áreas próximas a los cursos del Duero, el Cavado, el Lima o el Tâmega) y Galicia (en torno a los ríos Miño, tanto en Ourense como en Pontevedra, y Ulla) se asiste, a fines de la Edad del Bronce (siglos X-IX a. C.) al desarrollo del proceso sedentarización, con la aparición de los castros, asentamientos fortificados en altura que, desde el 800 a. C., se generalizaron por toda la región. En esta primera etapa, estos núcleos de habitación se caracterizaron por su pequeño tamaño (superficies inferiores a 1 Ha) con un patrón

<sup>33</sup> Las ideas básicas de este apartado han sido elaboradas, con mayor detalle, en GONZÁLEZ GARCÍA 2009, 2011b y 2014.

<sup>34</sup> CLASTRES 1981: 221-222.

de asentamiento muy fragmentario, caracterizado por su gran aislamiento y situados en zonas de difícil acceso, altas y escarpadas, con predominio de criterios defensivos; este “encastillamiento” natural se reforzaba, en las zonas más desprotegidas, mediante sencillas obras de fortificación. Su organización interna era simple, con el espacio intramuros ocupado por viviendas circulares de características similares que indican la homogeneidad social de su población. La imagen general de la época, con respecto al período precedente, es de empobrecimiento, sensación que se acrecienta gracias a la progresiva desaparición de bienes metálicos de prestigio.

El registro arqueológico de la época manifiesta la existencia de actividad bélica, patente en la ubicación natural de los asentamientos y en su carácter fortificado. Sin embargo, la aparición de un nuevo tipo de armamento da cuenta, como ya indicamos, del desarrollo de formas de combate más “democráticas” que apuntan a la desaparición del guerrero “profesional”<sup>35</sup>. Podemos considerar que, a partir de esta época, las sociedades galaicas cambian su forma de organización social, configurándose, ahora, como “sociedades guerreras”, aquellas en las que “todos los hombres son guerreros potenciales porque el estado de guerra es permanente, y son guerreros efectivos cuando estalla, de tiempo en tiempo, el conflicto armado. Y es justamente porque la totalidad de los hombres está siempre preparada para la guerra que no se puede diferenciar, en el seno de la comunidad masculina, un grupo más guerrero que los otros: la relación con la guerra es igual para todos”<sup>36</sup>.

A partir del 400 a. C., momento en que podemos situar el inicio de la segunda Edad del Hierro, vuelven a documentarse cambios en la continuidad de las formas de ocupación del espacio: abandono de lugares en alto, inicio de la ocupación de las tierras bajas y valles, mayor complejidad del espacio interno de los asentamientos, aparición de viviendas más monumentales, con mejor calidad constructiva y construcciones anejas. La extensión media y el tamaño de la población de los asentamientos se duplican, mientras que la fortificación, como consecuencia del nuevo emplazamiento de los poblados, pasa a estar compuesta por obras de fábrica (murallas, fosos, etc.) más monumentales que en el período anterior. También se rompe con el aislamiento característico de los poblados de la primera Edad del Hierro, apreciándose, desde ahora, relaciones mucho más evidentes entre yacimientos que nos pueden estar informando sobre la aparición de unidades políticas a una mayor escala. En el sector litoral y su *hinterland* también se documenta otro cambio destacado: la aparición de producciones de origen mediterráneo, así como productos artesanales de manufactura local. Estos objetos foráneos testimonian la introducción de esta área en las

---

<sup>35</sup> GONZÁLEZ RUIBAL 2006-07: 193, 226-227.

<sup>36</sup> CLASTRES 1981: 221-222.

líneas de intercambio vigentes, en este momento, entre el Atlántico y el Mediterráneo. Contactos que, en un primer momento, se mantuvieron con navegantes fenicios y púnicos y posteriormente, a partir del siglo II a. C., con los comerciantes romanos, cuando estos, como nos informa Estrabón (III, 3, 5), sustituyeron a los púnicos en esta ruta comercial marítima y, con ello, se generalizaron los objetos de origen romano<sup>37</sup>. Reaparece, también, la metalurgia, en particular la joyería, con piezas como los torques de oro. Este proceso de enriquecimiento del registro culmina, entre el siglo II a. C. y la época de la conquista romana, en el cambio de era, con la aparición, en el sector meridional de nuestra área (sur de Galicia y norte de Portugal) de grandes asentamientos fortificados de varias hectáreas de extensión que, siguiendo la tradición europea, han sido de nominados como *oppida*<sup>38</sup>. El desarrollo en esta época de la tradición escultórica en piedra representada por los “guerreros galaico-lusitanos”, así como la presencia de viviendas con decoración escultórica en los grandes yacimientos meridionales, nos permite reconocer la aparición de una elite que, de nuevo, se configura como guerrera. En el sector septentrional (provincias de A Coruña y Lugo) esta reaparición de grupos de guerreros especializados se documenta a través de la aparición de piezas de orfebrería masculina, fundamentalmente torques, como los que portan las estatuas de guerreros<sup>39</sup>. A estos indicios hay que añadir, además, un incremento de la documentación de armamento, con la generalización, ya apuntada, de los puñales de antenas y las falcatas en el N y S, respectivamente, del territorio galaico. Todo parece indicar, por tanto, que, durante la segunda Edad del Hierro, las sociedades galaicas, al menos algunas de ellas, dejan de ser “sociedades guerreras” para configurarse, una vez más, como “sociedades con guerreros”.

La presencia romana en áreas vecinas a estas regiones también nos aporta, como vimos, la constatación documental, a través de las fuentes literarias, del recrudecimiento de las actividades bélicas entre los pueblos del N y NO; acciones que, fundamentalmente, se centran en la realización de expediciones de saqueo y el latrocinio sobre los territorios de las comunidades vecinas. Buen ejemplo de ello son las incursiones lusitanas del siglo II a. C. sobre territorios de la provincia Ulterior, la posterior Bética, en ese momento ya bajo control romano, orientadas a la búsqueda de botín, básicamente ganado y productos foráneos, bienes de prestigio.

<sup>37</sup> Con relación a estas dos fases de los contactos con el Mediterráneo, ver GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007: 512-534.

<sup>38</sup> GONZÁLEZ RUIBAL 2006-07: 328 y ss.

<sup>39</sup> Carácter masculino y guerrero que nos confirma la Edad del Hierro europea, donde estas piezas constituyen adornos típicos de jefes guerreros o personajes divinos: CASTRO PÉREZ 1998; ARMADA, GARCÍA-VUELTA 2014.

Este cambiante registro arqueológico dista mucho, por tanto, de la imagen estática e inmutable que defiende la hipótesis tradicional. Para dar cuenta de la configuración social de las comunidades galaicas se ha recurrido a distintos modelos teóricos. Estas modelizaciones, en la mayoría de las ocasiones, han generalizado el tipo elegido por cada autor a toda el área de estudio, concediéndole, de ese modo, a la Edad del Hierro del NO una falsa imagen de uniformidad. Entre estos modelos podemos diferenciar básicamente tres: las sociedades segmentarias agrarias, las sociedades heroicas y las sociedades de casas<sup>40</sup>. González Ruibal ha intentado superar ese criterio generalizador y, para ello, ha hecho hincapié en el carácter fragmentado del panorama cultural de la Edad del Hierro del NO a través de la existencia de grupos humanos con distintas configuraciones sociales comprensibles con ayuda de los modelos antes mencionados. Convivirían, así, comunidades que caminaban hacia la desigualdad junto a otras mucho más igualitarias. Frente a un sector meridional caracterizado por sistemas políticos mucho más jerarquizados e incluso centralizados, como los grandes lugares centrales (*oppida*) con unas emergentes élites aristocráticas organizadas en casas, los grupos del sector septentrional se configurarían según el modelo de sociedades heroicas que evitan la centralización, la aparición de grandes lugares y la concentración del poder, primando un *ethos* guerrero, basado en el liderazgo bélico, y cuya principal forma de riqueza sería la ganadería, objeto predilecto de las *razzias* guerreras, y la exhibición y consecución de bienes de prestigio, como las joyas, en especial torques. En las áreas marginales y montañosas, las sociedades de la Edad del Hierro se constituirían como “comunidades rurales profundas”, término equivalente al de “sociedades segmentarias agrarias”: caracterizadas por su aparente ausencia de jerarquía e igualitarismo, su carácter periférico, el rechazo a los contactos con el exterior y un marcado conservadurismo<sup>41</sup>.

En mi opinión, este mosaico se puede interpretar como el resultado de un proceso histórico que, en determinadas zonas de estas regiones, llevó a algunos grupos galaicos desde formas organizativas propias de sociedades igualitarias hasta otras, más complejas, a punto de alcanzar el nivel de organización estatal como aquellas que durante la conquista se encontraron los romanos en el sector meridional. Los diferentes modelos enumerados pudieron ser, en realidad, las distintas etapas del camino hacia la división social que conocieron algunas comunidades galaicas.

A nuestro modo de ver, no se puede considerar como una simple casualidad la coincidencia reiterada, entre Bronce Final e inicio de la Segunda Edad del Hierro, de

<sup>40</sup> Modelos propuestos, respectivamente, por: Sastre (2008), sociedades segmentarias agrarias; PARCERO (2002), sociedades heroicas; BRAÑAS (1995: 307-336) y GARCÍA QUINTELA (2002: 93 y ss.), jefaturas de tipo céltico; GONZÁLEZ RUIBAL (2006), sociedades de casas.

<sup>41</sup> Resumimos, aquí, los argumentos expuestos en GONZÁLEZ RUIBAL 2012: 256-262.

la configuración de los grupos humanos del NO como “sociedades con guerreros” y la inclusión de esta área en circuitos de intercambio por los que circulaban “bienes de lujo”, productos que, en realidad, se buscaban por su capacidad para proporcionar prestigio y no solo por su valor material intrínseco, de ahí su definición como “bienes de prestigio”. Pese a que esta es la definición habitual de dicho concepto, la verdad es que, por regla general, esta concepción se suele integrar en explicaciones típicamente económicas<sup>42</sup>. Ese incremento de prestigio se puede deber a su origen foráneo, su rareza, por haber sido intercambiados con extranjeros como regalos o por haber sido obtenidas como botín, por implicar alguna forma de conocimiento esotérico o desconocido para el grupo receptor o por haber tenido anteriormente prestigiosos propietarios; características, todas ellas, que configuran, para este tipo de objeto, una biografía que incrementa su valor social<sup>43</sup>.

El NO peninsular, tanto a fines de la Edad del Bronce como a inicios de la Segunda Edad del Hierro, formó parte de una economía de bienes de prestigio. Durante la primera de dichas etapas, esta economía se manifestó a través de la aparición de espadas, joyas, calderos, ganchos, etc. Estos bienes foráneos de prestigio, susceptibles de convertirse en un botín preciado, pudieron servir como acicate para la conformación, dentro de las sociedades guerreras de fines de la Edad del Bronce, de grupos de especialistas bélicos. En el caso de aquellas comunidades más abiertas hacia el exterior, la adquisición de estos bienes se pudo realizar por vía pacífica (intercambio, don, etc.). Aquellos grupos al margen de esta posibilidad se vieron obligados, en cambio, a generalizar las acciones bélicas como medio para, a través de la hazaña y captura de botín, llegar a hacerse con este tipo de objetos que, de ese modo, fueron utilizados por los especialistas bélicos para incrementar y reforzar su prestigio social. Estos comportamientos, consecuencia del contacto de las sociedades locales con los comerciantes foráneos y sus productos de lujo, se asemejan mucho a los típicos de una situación de “zona tribal”, término que hace referencia al área afectada por la proximidad de un estado pero que no se encuentra bajo su administración y que tiene, como evidencia más clara, la transformación radical de las formaciones sociopolíticas existentes, plasmadas, por lo general, en procesos de “tribalización” (aparición de nuevas tribus) y en la acentuación de la actividad bélica producida, en muchas ocasiones, por la introducción de mercancías exógenas, especialmente objetos de prestigio, en los circuitos de intercambio indígenas<sup>44</sup>. Esta aparición de grupos de guerreros, atestiguada sobre todo en el norte de Portugal y el sur de Galicia

<sup>42</sup> Tal y como sucede, por ejemplo, en FRANKENSTEIN 1997.

<sup>43</sup> KRISTIANSSEN & LARSSON 2006: 61-70; para el concepto de objeto con biografía: KOPYTOFF 1991.

<sup>44</sup> Para la definición del concepto de “zona tribal”: FERGUSON, WHITEHEAD 1992: 3.

durante el Bronce Final, se manifiesta, también, a través de la generalización de las representaciones de guerreros en piezas como las estelas y estatuas-menhir<sup>45</sup>.

Este mismo sector meridional documenta, a partir del siglo IX a. C., el desarrollo del proceso de sedentarización y, con ella, la desaparición de los especialistas bélicos, es decir, la reorganización de dichos grupos humanos como “sociedades guerreras”. Ambos fenómenos coinciden con la desaparición de los contactos con el exterior. Las sociedades galaicas activaron, en este momento, sus recursos contra la amenaza de división y, comportándose como “sociedades contra el Estado”<sup>46</sup>, dejaron de conceder importancia al prestigio social, anteriormente implícito en la actividad guerrera especializada y en la consecución del bien de prestigio. Si recurrimos a los modelos sociales anteriormente comentados, podríamos afirmar que el paso del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro supuso el tránsito de una organización de tipo “heroico” hacia formas organizativas similares a las de las “comunidades rurales profundas”, pero sin perder su carácter guerrero que ahora se manifiesta a través del carácter fortificado de los asentamientos.

La Segunda Edad del Hierro supuso la recuperación, con progresiva intensidad, de los contactos con el exterior. Desde mediados del siglo IV a. C. a través de las relaciones entre las comunidades litorales y los navegantes mediterráneos, primero fenicios y púnicos y posteriormente, desde el siglo II a. C., romanos. En este último siglo también se acentúan los contactos con Roma como consecuencia de la creación de una zona de frontera terrestre entre las regiones noroccidentales de la península y los territorios ya sometidos al poder romano o que éste intentaba conquistar. Esta situación “supuso un contexto propicio para el intercambio y la difusión de cultura material, especialmente la vinculada a la élite y a los varones guerreros”<sup>47</sup>. Durante esta etapa se asiste a la reaparición de bienes de prestigio (armas, joyas, escultura, etc.) que, de nuevo, se vuelven a vincular mayoritariamente con la presencia de grupos de especialistas bélicos. Reaparición de bienes de prestigio y materiales foráneos obtenidos a través del intercambio que en aquellos grupos humanos que, por su ubicación geográfica, quedaban al margen de esas formas pacíficas de relación con el exterior, supusieron, como había sucedido en el pasado, la reactivación de los procesos bélicos, de las *razzias* en busca de botín, como medio para conseguir este tipo de bienes. Desde este momento y hasta la época de la conquista romana, en el NO peninsular, como consecuencia del influjo de Roma, se desarrolló una situación

<sup>45</sup> FÁBREGA-ÁLVAREZ et al. (2011: 314-316) ofrece una presentación general sobre dichas piezas.

<sup>46</sup> Con respecto a dicho concepto ver CLASTRES 1974: 161-186.

<sup>47</sup> GONZÁLEZ RUIBAL 2007: 295-296.

de “zona tribal” con unas sociedades indígenas que, afectadas por la cercanía del poder romano, vivieron un recrudescimiento de la actividad bélica<sup>48</sup>.

Se produjo, así, la recuperación de la organización en “sociedades con guerreros” que, en un primer momento, debieron configurarse como “sociedades heroicas”, organización que, con el tiempo, solo se conservó en el sector septentrional. La aparición de unidades políticas de mayor tamaño, manifestada a través del incremento de los indicios de relaciones entre castros próximos, puede explicar la transformación, en el sector galaico meridional, del “modelo social heroico” en “sociedades de casa”. Su mayor apertura al exterior puede explicar la aceleración de los procesos pacíficos de relación inter-grupal y la aparición de *oppida*. La mayor frecuencia y estabilidad, en estas áreas, de los contactos, primero con los navegantes mediterráneos (fenicios, púnicos y romanos) y posteriormente con el poder romano, pudo provocar un cambio en estas comunidades, cuyas elites guerreras, abandonando el enfrentamiento con los grupos vecinos, pasaron a potenciar la alianza y el intercambio como forma normal de relación. El antiguo *ethos* heroico, centrado en la acción guerrera, la captura del botín y el prestigio militar, se transformó, siendo sustituido por una nueva ética, más “elitista o aristocrática”, que parece manifestarse en la aparición, en los *oppida*, de “casas” vinculadas con esos nuevos grupos dirigentes que manifiestan, a través de la exposición de su riqueza en sus viviendas (decoración arquitectónica, mayor complejidad, mejor construcción, etc.), su situación de privilegio y predominio dentro de sus comunidades.

La ausencia de contactos con Roma permite explicar, también, la pervivencia de “sociedades rurales profundas” durante la segunda Edad del Hierro. Este tipo de sociedad, cuyas características coinciden muy bien con el modelo de “sociedad guerrera primitiva” definido por Clastres, pervive en aquellas áreas más marginales, periféricas y montañosas, no afectadas por los contactos con el exterior que pusieron en movimiento los procesos de cambio que acabamos de describir. No podemos descartar, sin embargo, que esta configuración social haya podido ser, también, el resultado del refugio en áreas más pobres y peor comunicadas de los grupos humanos que, ante el desarrollo de esas transformaciones, optaron por convertirse en “sociedades contra el Estado”, negando la posibilidad de aparición de grupos de especialistas bélicos, su constitución en “sociedades con guerreros” y evitando, de ese modo, la división social.

Como acabamos de ver, entre fines de la Edad del Bronce y a lo largo de la Edad del Hierro, las sociedades galaicas constituyeron un mundo sometido al cambio y a

---

<sup>48</sup> Sobre dicha cuestión ver GONZÁLEZ GARCÍA 2011b.

la transformación social, totalmente ajeno a esa imagen de inmovilidad defendida por la hipótesis explicativa tradicional.

## ¿UNA RELIGIÓN NATURALISTA E IDÓLATRA?

Resulta obligatorio que, en una obra centrada en la importancia que ha podido tener el agua en la religiosidad de las poblaciones protohistóricas galaicas, se lleve a cabo, en un capítulo introductorio y de síntesis, una presentación, por breve que sea, de los conocimientos actuales sobre la religión o religiones galaicas.

Las fuentes literarias grecorromanas nos ofrecen algunas noticias al respecto, si bien, como ocurre con frecuencia, sus informaciones no se limitan a los galaicos sino al conjunto de poblaciones septentrionales de la península, a los pueblos montañoses o a otros, como los lusitanos, geográficamente próximos a los galaicos. Entre estas noticias destaca, por ejemplo, Estrabón III, 3, 5 donde nos informa sobre determinados ritos sacrificiales y predictivos de los lusitanos:

“Los lusitanos son aficionados a los sacrificios, y examinan las entrañas sin necesidad de extraerlas; también examinan además las venas del costado, y descubren los indicios mediante el tacto. Predicen también mediante la inspección de las entrañas de sus prisioneros cubriéndoles con sayos: luego cuando son golpeados por el arúspice por debajo de las entrañas, obtienen un primer presagio por la forma en que caen (amputan las manos de los prisioneros y consagran las diestras a los dioses)”.

Acerca de los sacrificios que los montañoses realizan en honor de Ares y otras posibles prácticas rituales como los concursos agonales, los banquetes y danzas rituales (Estrabón III, 3, 7):

“[Los habitantes de las montañas] Se alimentan sobre todo de carne de cabra y sacrifican a Ares un macho cabrío, prisioneros y caballos; y hacen también hecatombes de cada clase al modo griego (como dice también Píndaro “de todo sacrificam cien”). [...] Llevan también a cabo certámenes gimnásticos, hoplíticos e hípicas (con pugilato, carrera y escaramuza y combate en formación). [...] Realizan sus banquetes sentados, con asientos construidos en derredor del muro y se sientan de acuerdo con la edad y el rango (los manjares circulan en ronda); y en el momento de la bebida danzan en coro al son de la flauta y la trompeta, pero también dando saltos y poniéndose en cuclillas”.

O, incluso, sobre el supuesto ateísmo de los galaicos y el carácter de otras divinidades indígenas hispanas (Estrabón III, 4, 16):

“Algunos afirman que los galaicos no tienen dioses y que los celtíberos y sus vecinos del norte hacen sacrificios a un dios sin nombre en las noches de luna llena delante de las puertas de las aldeas, y que con toda la familia danzan y permanecen en vela toda la noche”<sup>49</sup>.

Lamentablemente, ninguna de estas fuentes literarias conserva, en su integridad, mitos o relatos que nos puedan ayudar a profundizar en estas creencias religiosas. Algunos pasajes de los autores clásicos recogen, no obstante, noticias que puedan estar dando cuenta de tradiciones míticas. A este respecto, y para el caso del NO, podemos hacer referencia a los pasajes de Plinio acerca de la preñez de las yeguas lusitanas por el viento Favonius (*Historia Natural* VIII, 166), Avieno sobre la invasión de serpientes en el país de los Oestrimnios (*Ora Maritima* 154-157), Tito Livio con respecto al río del Olvido (*Periochae* 55) o la noticia de Floro sobre el sol que se pone en el mar (I, 33, 12).

Para el ámbito de Lusitania, y teniendo en cuenta la proximidad geográfica con el sector galaico y la existencia de posibles afinidades culturales y religiosas entre ambas áreas, contamos con una serie de textos epigráficos rupestres, formada por inscripciones en lengua indígena con uso de alfabeto latino y por textos mixtos o ambiguos de fuerte influjo latino. Al primer grupo pertenecerían las inscripciones de Cabeço das Fráguas (Guarda), Lamas de Moledo (Viseu), Arroyo de la Luz I-III (Cáceres)<sup>50</sup> y Arronches (Portalegre)<sup>51</sup>, mientras que el segundo sería el caso del epígrafe de Freixo de Numão (Guarda). En todos ellos se conmemora o prescribe un ritual sacrificial cruento a divinidades locales o regionales. A modo de ejemplo podemos mencionar el epígrafe de Cabeço das Fráguas que hace mención a un tipo de sacrificio triple (oveja, cerdo y toro) que en la práctica sacrificial romana se conoce como *suovetaurilia*<sup>52</sup>.

Existe, además, una serie de piezas, cuyos hallazgos se reparten por los territorios actuales de Galicia y Portugal, que se conocen como broncees sacrificiales. Se trata de pequeñas piezas de bronce, de formato alargado, datadas en la segunda Edad del Hierro (ss. IV-I a. C.) y caracterizadas por presentar representaciones de animales (oseznos, cabras, cerdos, jabalíes jabatos), seres humanos (algunos con torques, armados con espadas, llevando calderos, etc.) y diversos tipos de objetos (torques, hachas, calderos) que han permitido ponerlas en relación con contextos sacrificiales.

<sup>49</sup> Acerca de este pasaje estraboniano, ver: SOPENA GENZOR, RAMÓN PALERM, 1994.

<sup>50</sup> Para una presentación de cada una de ellas, ver PRÓSPER 2002: 41-87.

<sup>51</sup> PRÓSPER, VILLAR 2009.

<sup>52</sup> La traducción de dicho texto en versión de Tovar (1985: 244) es: “Una oveja para Trebopala y un cerdo para Laebo... una oveja de un año para Trebaruna y un toro semental para Reva”.

Actualmente se conocen ocho piezas de este tipo procedentes de Celorico do Basto (Portugal), tres de procedencia desconocida, una de ellas perteneciente al Instituto Valencia de Don Juan y las otras dos al Museo Arqueológico Nacional, otra cuya procedencia se atribuye a Lalín (Pontevedra) depositada en el Museo de Pontevedra, la hallada en Cariño (A Coruña) y depositada en el Museo Arqueológico e Histórico de A Coruña<sup>53</sup>, el fragmento perteneciente al Museo Episcopal de Vic (Barcelona)<sup>54</sup> y el ejemplar aparecido en Cervo (Lugo) en el yacimiento de Punta Atalaia en San Cibrao<sup>55</sup>. Todas ellas, por su temática, motivos representados y datación, guardan estrecha relación con el carro votivo de Costa Figueira (Paredes, Portugal), depositado en el Museu da Sociedade Martins Sarmento de Guimarães (Portugal) <sup>56</sup>. Esta pieza, datada entre los siglos IV-III a. C., representa un carro de dos ejes de dos ruedas cada uno, de las que solo se conserva un par, formado por una vara con dos yuntas de bueyes a cada extremo y 14 figuras: cuatro cocheros sobre los ejes de las ruedas, dos individuos, interpretados como sacerdotes, que acompañan a un animal, posible víctima de sacrificio, cuatro guerreros y cuatro mujeres, tres de ellas llevando una carga a la espalda.

Por lo que respecta a los lugares de culto, posibles santuarios, en el NO peninsular se conoce una serie de lugares encuadrables, sin duda, dentro de esta categoría. En algunos, como sucede en Cabeço das Fraguas, la existencia de epigrafía rupestre lusitana nos informa sobre su pasado prerromano como lugar de culto, actividad arqueológicamente constatada, en dicho sitio, desde los siglos VIII-VII a. C. y que, con interrupciones, llega hasta el siglo I a. C., siendo continuada en época romana, como lo testimonian las aras latinas con epígrafes votivos dedicados a la divinidad indígena Laiippo/Laepo que, cronológicamente, perduran hasta los siglos II-III d. C.<sup>57</sup> En la actual Galicia destaca o Facho de Donón (Cangas, Pontevedra), santuario dedicado a una divinidad indígena denominada como Deus Lar Berobreus en algunas de las inscripciones del gran conjunto epigráfico latino que permitió detectar la existencia de este espacio cultural. Este lugar, ocupado entre fines del siglo II d. C. y mediados del siglo IV d. C. por el santuario, fue un asentamiento poblacional con anterioridad, en la Edad del Bronce, entre los siglos IX-VIII a. C. y posteriormente, durante la segunda Edad del Hierro, un castro, entre el siglo IV a. C. y el cambio de era, siendo probable que ya hubiese tenido una utilidad ritual desde el siglo IV a. C.,

<sup>53</sup> Conjunto de piezas estudiado por ARMADA PITA, GARCÍA VUELTA 2003.

<sup>54</sup> ARMADA, GARCÍA-VUELTA, GRAELLS I FABREGAT 2011-2012: 9-20.

<sup>55</sup> CASTRO VIGO 2009

<sup>56</sup> SILVA 2007: 262-263 y 653.

<sup>57</sup> Con relación a dicho santuario ver los trabajos recogidos en SCHATTNER, CORREIA SANTOS (coords.) 2010.

lo que situaría su origen como santuario en época prerromana<sup>58</sup>. Otro importante lugar de culto de época prerromana lo ofrece el santuario rupestre de Panoias (Vila Real, Portugal), emplazamiento cuyas principales manifestaciones culturales se datan, sin embargo, en época romana, posiblemente entre los siglos II y III d. C., momento al que pertenecen la mayoría de las intervenciones realizadas sobre los grandes afloramientos rocosos que conforman el santuario: talla de escaleras, piscinas, pequeños *lacus* o los epígrafes, en latín y griego, que Cayo Calpurnio Rufino dedicó tanto a distintas divinidades, locales o foráneas, como los dioses Severos, Serapis o los dioses de los Lapitas<sup>59</sup>. En los últimos años se han localizado, además, varios yacimientos, vinculados con manifestaciones de arte rupestre (petroglifos), que han sido interpretados como posibles santuarios de Edad del Hierro. Este es el caso, entre otros, de los emplazamientos de A Ferradura (Amoeiro, Ourense), Pedra Fita (Adai, Lugo), As Canles (Campo Lameiro, Pontevedra) o Corme (Ponteceso, A Coruña)<sup>60</sup>.

¿Qué sabemos sobre las divinidades indígenas que pudieron recibir culto en algunos de estos santuarios? La epigrafía, fundamentalmente latina, nos permite conocer los nombres y epítetos de muchas de ellas, hecho que pone de manifiesto la falsedad y el carácter interesado de la noticia de Estrabón sobre el ateísmo de los galaicos. En la mayoría de las ocasiones se trata de divinidades locales conocidas por una única mención epigráfica; en otros casos conocemos teónimos masculinos y femeninos de carácter supralocal cuyas manifestaciones epigráficas aparecen dispersas por el sector occidental de la península, tal y como sucede, por ejemplo y por ceñirnos exclusivamente al área de *Gallaecia*, con los teónimos masculinos Bandua, Cosus, Reue, Cohue, Lugus, Aernus y Vacus o la divinidad femenina Nabia<sup>61</sup>.

Por lo que respecta al posible aspecto de estas divinidades, contamos con una serie de estatuas y relieves que se han interpretado como representaciones divinas: Júpiter o Coso de Logosa (Negreira, A Coruña), Reve Larouco de Vilar de Perdizes (Montalegre, Portugal), Vestius Aloniecus de Lourizan (Pontevedra) o Nabia de Pena Furada (Coirós, A Coruña). Todas estas piezas se caracterizan por su tosquedad técnica y por el aspecto indígena, muy distante del canon y el gusto clásico, de los personajes representados<sup>62</sup>. Los escasos ejemplos de representaciones seguras de divinidades indígenas se caracterizan por su iconografía clásica, tal y como sucede con

<sup>58</sup> VV. AA. 2005 ofrece una introducción a los distintos aspectos, epigráficos y arqueológicos, de O Facho.

<sup>59</sup> Una presentación general sobre dicho santuario en RODRÍGUEZ COLMENERO 1999.

<sup>60</sup> Sobre las características y configuración de estos santuarios ver: GARCÍA QUINTELA, SANTOS ESTÉVEZ 2008: 61-95.

<sup>61</sup> OLIVARES PEDREÑO (2002: 67-109) ofrece una aproximación al carácter de dichas divinidades.

<sup>62</sup> Respecto al carácter hipotético de la identificación de estas piezas con divinidades galaicas ver ALFAYÉ VILLA 2013.

la *Banduae Araugelensis* representada, a modo de Fortuna, en la pátera de plata, con inscripción votiva a la diosa, del Museo Arqueológico de Badajoz<sup>63</sup> o el personaje vestido a la romana y con una iconografía similar a la de Fortuna del relieve de A Fonte do Ídolo de Braga (Portugal) que se suele interpretar como la diosa Nabia o, en el mismo monumento, el busto en relieve, enmarcado por un edículo, de clara tradición romana, con remate en frontón, que se considera como la representación de la otra divinidad mencionada en los epígrafes del monumento: Tongoenabiago<sup>64</sup>.

En líneas generales y en gran medida debido a la parquedad documental, los fenómenos religiosos de que dan cuenta muchos de estos textos y materiales arqueológicos se han interpretado como estrechamente relacionados con la naturaleza; de ahí que, durante muchos años, el estudio de la religiosidad galaica, al igual que el de otras poblaciones de la Hispania prerromana, se centrara en la determinación de cultos de tipo naturalista, animista o idolátrico; se explica, así, la presencia, en numerosas obras sobre las religiones prerromanas hispanas, de referencias a cultos a animales (ciervos, toros o serpientes), astros (el sol, la luna), o elementos del paisaje (montes, ríos)<sup>65</sup>. Esta interpretación naturalista fue, con el paso del tiempo, matizada y debidamente reubicada a través de estudios comparativos que, para el caso galaico, ponían en relación los datos de esta área con otros ámbitos protohistóricos o antiguos, entre ellos célticos, que permitieron matizar el carácter naturalista de estas formas de expresión religiosa. Así, por ejemplo, se redujo la sacralidad de algunos elementos naturales, como montes o ríos, y de las divinidades con ellos vinculadas, concluyendo que no se les adoraba por ser, en sí mismos, divinidades sino por tratarse de lugares sagrados o de entornos o fenómenos naturales que, por alguna característica propia, resultaban idóneos como lugares de manifestación de una divinidad<sup>66</sup>.

El agua, eje central de la presente obra, desempeñó un papel muy importante dentro de este tipo de entornos naturales vinculados con fenómenos religiosos. Esta importancia explica que recientemente se hayan desarrollado hipótesis explicativas sobre las religiones galaicas y lusitanas que, fundamentándose en el hecho de que la etimología de algunos teónimos remite al elemento acuático, han vuelto a recuperar esa interpretación idolátrica y naturalista a que acabamos de hacer referencia; de tal modo que, por ejemplo, la traducción que se ofrece para el epígrafe rupestre de Cabeço das Fraguas es la siguiente: “Una oveja a la charca del poblado, y un cerdo

<sup>63</sup> BLÁZQUEZ 1975: 44-45.

<sup>64</sup> Sobre las características de la decoración escultórica de dicho monumento, ver RODRÍGUEZ COLMENERO 2012: 13 ss.

<sup>65</sup> Un buen ejemplo de esta aproximación en BLÁZQUEZ 1975: 58-75, 119-120, 128-130, 131-134.

<sup>66</sup> Para el caso concreto de las montañas y las aguas en el NO peninsular ver, respectivamente, PENAS TRUQUE 1986 y GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, 1986.

al pantano [?], una ( ) preñada a *\*Ekwona*, diosa de las praderas, una oveja de un año al arroyo del poblado y un bóvido macho ( ) al río *Tres* [...]”<sup>67</sup> (PRÓSPER 2002: 56). Planteamiento que, por tanto, convierte a los teónimos en sus referentes reales naturales, los elementos acuáticos (charca, pantano, arroyo y río) que, en origen, sirvieron para dar nombre a las divinidades. Este punto de vista olvida que el pensamiento mítico-religioso se caracteriza por transformar a cualquier ser o fenómeno natural “real” en un personaje “metafísico”: “una criatura irreal pero símbolo de la existencia de un mundo “suprarreal”, poblado por todas las divinidades y espíritus, benéficos o maléficos, que componen el universo religioso”<sup>68</sup>. Reducir el significado de los seres del universo religioso a sus simples referentes naturales del mundo físico, como charcas, arroyos o pantanos, equiparándolos como una única y misma cosa, supone ignorar la profundidad de la reflexión mítico-religiosa y la complejidad de formas religiosas que, por su estrecha vinculación con la naturaleza, han sido etiquetadas como simples y primitivas. No obstante, aquí solo podemos esbozar los aspectos vinculados con la relación entre agua y religión dentro de la Edad del Hierro galaica, temática a la que, sin duda, se prestará atención en otros capítulos de la presente obra.

## CONCLUSIONES (MOMENTÁNEAS)

Dentro de un campo de investigación tan abierto como el mundo galaico de Edad del Hierro resulta pretencioso dar por definitiva cualquier conclusión. No obstante, y para cerrar este capítulo, sí es cierto que, a la vista de lo expuesto en estas páginas, podemos concluir que, de momento, las sociedades galaicas se alejan mucho de la imagen tradicional que expusimos en nuestro apartado introductorio, motivo por el que no se puede dar por válida su configuración como simples y pacíficas sociedades agrícolas de carácter igualitario entregadas, en lo religioso, a simplistas y primitivos cultos y ritos naturalistas. A juzgar por los datos de que disponemos, el mundo galaico fue mucho más complejo y variado, abierto al cambio y a la transformación social, con la guerra desempeñando un importante papel en su configuración social y una religión que, basada en elementos naturales, debió de ser, sin embargo, mucho más profunda intelectualmente de lo que generalmente se ha pensado.

---

<sup>67</sup> Recuperación ejemplificada, en concreto, en PRÓSPER 2002: 89-172. Para una crítica pormenorizada a este tipo de planteamiento ver GONZÁLEZ GARCÍA, GARCÍA QUINTELA 2005. Con respecto a la traducción del epígrafe de Cabeço das Fraguas: PRÓSPER 2020: 56.

<sup>68</sup> GODELIER 2015: 137.